

PONENCIA

EUCARISTÍA Y JUSTICIA

Apuntes para una contemplación bíblica

MARCELINO LEGIDO

I PARTE

Del camino del Evangelio a la mesa de la Pascua

JESÚS, EL SEÑOR, NUESTRA JUSTICIA EN LA MESA Y EL CAMINO
(Lc 4,16-22)

Sugerencias:

1. No desearía más que ahondar el c. I de la carta de los Obispos «La Iglesia en Castilla, samaritana y solidaria de los pobres. El capítulo bíblico. Pero no leer la Escritura desde esta carta pastoral. Sino al revés: leer la carta pastoral desde la Escritura. Y por lo tanto, no daré voz al testimonio de los Padres ni de la Doctrina Social de la Iglesia.

2. Conviene que diga desde el principio que hay dos clases de justicia: a) la justicia que entendemos normalmente por ella, descubierta en gran parte por los griegos: la justicia es dar a cada uno lo suyo. b) La justicia bíblica: la mano del Señor extendida, que se ha dado El mismo a sí mismo en su misericordia y su fidelidad, en su Hijo.

3. Por eso mi aportación se resume nada más en esta palabra (es una aportación cristológica): «Jesús, el Señor, nuestra justicia». Nuestra justicia en la Mesa: sus manos son la mesa; nuestra justicia en el Camino: sus huellas son el camino.

4. Y preguntareis: ¿y la otra justicia?. ¡Ah!, pues en el diálogo veremos que esta Justicia Pascual es una Gracia regalada a la gracia. Como cuando sale el sol y atraviesa la aurora. La justicia humana fue y es un

amanecer alentado desde atrás por el Verbo Encarnado pero transcendido y transfigurado en su Pascua. Por lo tanto hablaré solamente de la justicia del Señor en el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Introducción

«Jesús recorría los pueblos y aldeas. Y al ver a las gentes se le conmovían las entrañas porque los veía despojados y abatidos como ovejas que no tienen pastor» (Mt 9,35s).

Estas palabras dan a entender los ojos por los que Jesús mira la tierra y el pueblo por donde camina. La palabra central es «se le conmovieron las entrañas». Una palabra que sólo aparece en la Escritura del Nuevo Testamento referida al Padre y a Jesús. Quiere decir, por tanto, que la misericordia entrañable es una cosa que ha aparecido en el Hijo. El Hijo recorre la tierra y al ver los pueblos se le conmueven las entrañas en un dolor de amor, porque los ve despojados y abatidos como ovejas que no tienen pastor.

Lo que voy a decir no es más que dibujar en el encerado el resultado de las investigaciones históricas que hasta hoy conocemos sobre el mundo y la tierra de Jesús.

La tierra de Jesús es una tierra de latifundio. Por tanto es una tierra que está en menos de unos pocos. Y en los pueblos está la gente sin trabajo, como recordais en la parábola del encargado que va a buscar obreros a la plaza del pueblo (Mt 20,1-15). Se trata por tanto de una situación de injusticia. Pero como la injusticia está tan unida a la opresión, aquellas figuras que tienen la tierra están unidas a las figuras del templo, a los sacerdotes, sobre todo al Sumo Sacerdote, a la alta clase sacerdotal que son los que presiden el Sanedrín. Y debajo, por supuesto, está el pueblo, a los que Jesús ve cargados, agotados, abatidos, cansados, que no tienen realmente «puesto» en el marco de la historia. Y como la injusticia y la opresión van tan unidas con la situación cultural, pues a esas figuras de los ancianos y de los sacerdotes hay que unir la figura de los letrados y del movimiento espiritual de los fariseos, que proceden del pueblo pero que legitiman el orden establecido con su poder, puesto que son juristas y teólogos. Debajo está el pueblo ignorante que nunca jamás había ido a la escuela porque no había escuelas para el pueblo sencillo; solamente para los funcionarios romanos. En nombre del pueblo estaban los fariseos en el Sanedrín, pero el pueblo se sentía despreciado según aquellas palabras que se recogen en Jn 7,49: «Este pueblo es un pueblo maldito porque no conoce la Ley».

Por tanto, Jesús ha visto con sus ojos la opresión, la injusticia y la mentira, la dominación cultural del pueblo. Pero ha descubierto mucho más: y es que detrás de estas cadenas estructurales que estructuran la tierra, hay otras cadenas mucho más profundas que encadenan a todos.

En primer lugar la cadena del dolor: todos están rotos por el dolor. Tanto los que están arriba como los que están abajo. Para todos es un encadenamiento intra-histórico, está todavía más abajo. Y hay un encadenamiento de la culpa: el «hombre encorvado» según la teología medieval, 'homo incurvatus'. El hombre doblado, está cerrado en el pecado. Le parece al Señor que estas son realmente las cadenas más profundas que encadenan a todos en la solidaridad del dolor y de la culpa. Por tanto, el pecado y el dolor son cadenas que están atando a todos antes de su posicionamiento social. Y los enfrenta en el muro de división, fundamental para entender lo que significa liberación y reconciliación. El pueblo encadenado por el pecado y el dolor, enfrentado en el muro de la injusticia, de la opresión y de la manipulación, caen todos ellos vencidos por la muerte. La muerte es el último encadenamiento de la historia que parece realmente impensable. Tenemos, pues, esta mirada tan concreta al mundo de Jesús, para poder luego mirar a la tierra y al pueblo de Castilla.

Algunas pequeñas sugerencias añadiría más sobre todo esto:

1. En la perspectiva de Juan y Pablo, e incluso en la perspectiva de Jesús como dato originario, estas cadenas intra-históricas e históricas se empalman. «Por el pecado ha venido la muerte al mundo» (Rom 5,12). Por el encadenamiento del pecado se han configurado los encadenamientos históricos estructurales, el pecado del mundo, las estructuras de pecado. Y a la vez las estructuras de pecado revierten sobre el mundo cerrándolo todavía más al amor. Por tanto hemos de pensar en un pecado personal y en un pecado colectivo. Los hombres cerrados al amor construyen el mundo de la idolatría y de la opresión, y este mundo de la idolatría y de la opresión revierte sobre nosotros cerrando la propia existencia sobre «la carne», según la expresión del Apóstol para el cual «carne» es «la existencia cerrada».

2. Esta situación revolucionaria o pre-revolucionaria tiene fuerzas históricas que la dinamizan. Por la parte de abajo, del «bloque dominado», está la guerrilla de los zelotes que quieren dar la vuelta a la pirámide con un cuchillo. Y por la parte de arriba, del «bloque dominante», están los fariseos que quieren sostener la pirámide con el yugo de la ley. Por tanto, el camino de Jesús se hace entre el yugo de los fariseos y el cuchillo de los zelotes, como camino de la pura gracia, de la misericordia y de la fidelidad.

Es importante que tengamos todo esto en cuenta para poder volver después al momento presente. Porque no podemos hacer una lectura «en corta-circuito» con el Evangelio: leer el Evangelio y trasponerlo sin más al momento presente. Hay que restituir el texto a su contexto histórico. Y una vez que hemos reconstituido el texto en su contexto, podemos ahora continuar mirando al presente puesto que Jesús camina delante de nosotros y los pasos que demos ahora son nuevos, son inéditos, aunque sean los mismos, en las mismas huellas de la primera hora del Evangelio que son el «canon» de toda la Historia Santa.

1. *La aurora de la novedad de la gracia*

Es muy importante para la contemplación que vamos a hacer, contemplar que el Hijo, cuando sale a los caminos, ha recorrido ya un largo camino que hemos de recorrer nosotros. Es el Hijo Amado del Padre. El Padre le amó desde siempre. Le entregó todo su amor. En el abrazo común del Espíritu Santo: «Padre, quiero que donde esté yo estén también ellos conmigo para que vean la gloria que tú me diste, porque me has amado antes de la creación del mundo» (Jn 17,24). Por tanto, el Hijo peregrino es el Hijo Amado del Padre, «luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado». Por cuya mano fue creado el universo. En cuyas manos se sostiene, incluso el universo demonizado que ha hecho que El bajara a las últimas partes de la tierra. Por tanto, es un camino que viene desde mucho más arriba que el imperio romano como aparece en los relatos de la infancia, desde mucho más arriba de Augusto, y pasa por mucho más abajo. Nuestro camino en el seguimiento de Jesús tiene que venir desde más arriba, para ir más abajo y más hacia adelante. El baja desde el seno del Padre, a las partes más bajas de la tierra y pone su tienda entre nosotros: la encarnación como bajada al último de los últimos lugares. Pero en la tienda de campaña nos da un abrazo de amor, toma todo lo nuestro y nos da todo lo suyo: la encarnación como despojo, como empobrecimiento. Y no solamente nos da todo lo suyo sino que se identifica con nuestro pecado y nuestra muerte en una encarnación que es «kénosis», que es profundo vaciamiento. Sin la bajada, el despojo y el vaciamiento, El no ha salido a los caminos. Como tampoco ha salido a los caminos sin haber estado 30 años en Nazaret en el silencio y en el trabajo, en la comunión viva con el pueblo donde ha escuchado los gritos y esperanzas de la gente y ha hecho en su corazón el admirable intercambio de idiomas: la comunicación de idiomas de la Gracia del Padre con la gracia a-graciada y des-graciada de los hermanos. Por lo tanto, cuando llega a la sinagoga de Nazaret ha hecho ya este largo camino que nosotros no podemos ahorrarnos.

¿Y qué hace después de este camino andado?

Pues el texto lo dice.

Sale a los caminos pero ni para imponer la ley ni para imponer la revolución. Es algo completamente nuevo: «¡Ha llegado el Reino!» (Mc 1,14-15). Es un grito de alegría. Debemos comprender el camino de Jesús como un grito de alegría. Y voy a poner un ejemplo para comprender esto: En nuestros pueblecillos de Castilla, cuando llega la Navidad los hijos de los emigrantes se ponen a dar saltos por las calles. ¡Niños, ¿pero cómo dais saltos?!. 'Porque viene papa o mama de Alemania o Francia'. Pero ¿quién tiene más alegría, ¿los niños que dan saltos o el padre que pasa por la frontera?. Sin comparación, el padre que pasa por la frontera.

Jesús no anuncia el Evangelio como un maestro de moral. Grita de júbilo. Es un grito, un canto de júbilo: «¡Qué alegría volver a encontraros. El Padre os ama. Amanece la aurora de la misericordia. El Padre ha

decidido ya, en la plenitud de los tiempos, iniciar la justicia nueva de su Reino!». Son, como dicen los exégetas, gritos de alegría: «¡Ha llegado el Reino. El Padre os ama. Todos vosotros sois hermanos!». Tenemos que imaginar a Jesús recorriendo los pueblos y aldeas y después de haber entrado por el pueblo acariciando a un chaval o hablando con un viejo, junto con los discípulos, pues llega a la plaza del pueblo donde pregona (kerigma) la buena noticia del Evangelio. ¿Y cuál es esta buena noticia?. Pues muy sencillo. Como aparece en el sumario de Mc: «¡Ha llegado el Reino!». Lo mismo que también aparece en el paralelo de Mateo: «El pueblo que habitaba en tinieblas, vio una luz grande. A los que habitaban en sombras de muerte, una luz les brilló. Entonces El dijo: 'Se ha cumplido el tiempo. El Reino de Dios está cerca'» (Mt 4,16s).

Para nosotros es difícil comprender esto. Pero no para el pueblo sencillo. Sobre todo para los pobres del Señor entre los que se cuenta María. El pueblo que canta día y noche la esperanza del Ungido que va a venir a hacer el Reino del Padre: «Dios mio da tu juicio al rey, tu justicia al hijo de reyes. Que los montes traigan la paz y los collados justicia. El libraré al pobre que suplica, al afligido que no tiene protector. El se apiadará del pobre e indigente y salvará la vida de los pobres. El salvará de la violencia sus vidas, pues su sangre es preciosa ante sus ojos» (Sal 71). «Levanta del polvo al desvalido y alza de la basura al pobre para sentarlo con los príncipes, con los príncipes de su pueblo». «Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes. A los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos» (Lc 1,52s). Es la oración ardiente de los pobres del Señor, lejos por una parte de los rebeldes zelotes y por otra de los educadores fariseos. Es el grito con el que conecta plenamente el grito de alegría de Jesús.

La palabra Reino, para comprenderla, hay que descifrarla de una manera muy sencilla. En primer lugar cuando hay un reino es que hay un rey. Además el rey siempre lleva adelante su reino por manos de un encargado, un representante, un lugarteniente. El rey lleva adelante su reinado en un reino. Y cuando decimos reino decimos un pueblo, una tierra. Y la palabra fundamental para entender el mensaje del Reino es la palabra reinado, que es distinto de reino, y que es la manera que tiene el rey de reinar.

Si nosotros ahora misma tuviéramos en el corazón la teología de los profetas, el anuncio del reino de los profetas, el anuncio de la justicia anunciada por los profetas y cantada por los salmos, y sobre todo el profeta Isaias (II Isaias) y los salmos «reales» del salterio, entonces entenderíamos perfectamente las palabras de Jesús que vamos a traducir. El secreto de estas palabras está en El mismo: El es el Reino en persona. Está ahí el secreto de la novedad. Cuando El está anunciando este Evangelio, descifra todo el misterio del Reino desde él mismo que es el Hijo Amado entregado por nosotros en el amor del Espíritu Santo.

Por eso el mensaje del Reino se traduce de esta forma tan sencilla como he dicho: «¡Comienza el Evangelio de la gracia y de la misericordia.

El Padre os ama. Me ha mandado a mí para que os traiga su amor». ¿Quién será por tanto el rey?. El rey será el Padre. Y El es el encargado, el Mesías, el Ungido. ¿Qué será entonces el Reino?. Pues que el pueblo será una familia de hermanos y la tierra un hogar, una mesa.

Qué bien se entiende ahora: «Os traigo el amor del Padre. Vamos a hacer un corro de hermanos. Ahora mismo podemos hacerlo. Vamos a darnos la mano todos juntos. Cantad conmigo: 'Abbá, Padre'». Todo el secreto del Reino se desvela en esta palabra aramea que es la palabra central de todo el Antiguo y Nuevo Testamento. «Todos vosotros sois hermanos, no tenéis porqué morderos como lobos. Ni tampoco creáis que sois esclavos. ¡Que no!. Que vais a pasar y ya pasáis ahora mismo de esclavos a hijos y de enemigos a hermanos y ya podeis hacer aquí un corro en la mesa. Y que la tierra se puede convertir ya en la palma de la mano».

Reino, así pues, indica que el pueblo tiene que convertirse en corro y la tierra en mesa. Y hay una palabra que atestigua, que señala, que verifica la llegada del Reino. Es la palabra de la justicia hecha a los pobres. Siempre en el Antiguo Testamento, con el paralelo de las teologías de los viejos reinos de Mesopotamia y de Egipto, la justicia del Rey se comprueba en su defensa de los pobres. El paralelo de Mc 1,15 y Mt 4,16s es el texto de Lc 4,16-22: «El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar el evangelio a los pobres». Pobres que están tan encadenados que hacerles el anuncio del Evangelio éste, se convierte en liberación de los oprimidos. Pobres que están tan cegados que al anunciarles el Evangelio, la liberación consiste en dar vista a los ciegos. Pero todo esto no consiste en que le vamos a dar la vuelta a la tortilla. «Sino que los pobres van a venir a la mesa a servir ellos los primeros conmigo».

Fijaos bien la importancia de todo esto donde rastreamos la novedad de la justicia. La justicia hecha a los pobres es que los pobres pasan del último lugar al primer lugar del servicio. Y así se inaugura el «año de gracia» del Señor.

La palabra central del texto de Lc 4,16-22 (Is 61,1-3) es la palabra «el año de gracia».

En la Antigua Alianza es impensable que la tierra pueda pasar a propiedad de alguien. Ni siquiera a propiedad común del pueblo. La tierra es del Señor. La tierra no puede ser de nadie porque tiene que ser de todos. Y tiene que hacerse un corro en la tierra siendo la tierra como la palma de la mano. Y si el pueblo pone muros y alambradas en la tierra, pues cada 50 años habrá que pregonar el jubileo: el año del júbilo, el año de la alegría en el cual se tiran todas las tapias, muros y alambradas, se despiden a los esclavos y sobre la tierra convertida en palma de la mano, la tierra florecida, comienza de nuevo la realidad de la justicia de Dios que es la tierra compartida como un hogar a la familia humana, que es la familia de sus hijos, siempre con los ojos puestos, en primer lugar, en los pobres.

Ahora se comprende el anuncio del evangelio. ¡Cómo se inaugura la justicia!. Y la parte última del texto de Lc 4 es muy significativa. Porque en el texto de Is 61 se hablaba de que el Señor haría ésto con cólera. Jesús ha quitado la cólera y solamente queda la palabra de la gracia: «Todos los ojos estaban fijos en El y El les dijo: 'Hoy se cumple esto que acabais de oír'. Y todos se admiraban de las palabras de gracia que salían de su boca», o «de las palabras que salían de su boca que sólo eran gracia». El verdadero paralelo lo encontramos después en Mt 11,3-6: «¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?. 'Id y contad a Juan lo que veis y oís: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen y a los pobres se les anuncia el Evangelio. Dichoso el que no se escandalice de mí'».

Admirable, por tanto, es el Señor en la plaza del pueblo, el corro de la gente del pueblo, los apóstoles a un lado, los pobres a otro y la tierra que quiere convertirse en mesa.

Lo primero que hay que hacer es romper la cadena del pecado. ¿Cómo se rompe la cadena del pecado?. Poniendo el perdón donde está el pecado. Por tanto esa cadena se rompe con el anuncio del Evangelio que es la aportación primera y radical para la aparición de la justicia, dado que al poner el perdón en el pecado, los hombres dejan de ser enemigos y dejan de ser esclavos para ser hijos, hermanos y herederos.

Además habrá que romper la cadena del dolor con los signos mesiánicos curando las heridas, trayendo a los enfermos al corro y convirtiéndolos en mensajeros del Evangelio.

Pero no bastará con que rompamos la cadena del pecado regalando al pecado, ofreciendo al pecado, el perdón y a las heridas del dolor la vida, su vida en las heridas del dolor. Es necesario además que su justicia se derrame sobre la injusticia y su libertad, la suya, sobre la opresión y su verdad sobre la manipulación de la historia y sobre las cadenas estructurales de la historia. Por tanto el Señor avanza poniendo la mesa y provocando a los que están arriba y a los que están abajo a sentarse a la mesa común. Esta pro-vocación amorosa que se hace como un anuncio convertido en denuncia, para el anuncio. Porque el Señor quiere que todos vengan. Y por tanto no debe ser leída la pro-vocación histórica de la denuncia y el anuncio como una forma sin más de alternativa histórica, sino como la germinación vigorosa que va avanzando la mesa común en la espesura de la historia. Esto lleva a convertir, naturalmente, la Tierra en mesa. Y la manera de convertirla es algo muy sencillo.

2. *La fiesta del cambio de puestos*

Aquí, en aquella pradera, que resulta ser un latifundio según se comprueba históricamente, haremos un gran corro. El corro de la multiplicación de los panes y los peces. ¿Es posible?. Sí, sí, aquí mismo. Habíamos

salido a descansar un poco después de comer (porque estábamos cansados y no teníamos tiempo ni para comer). Pero precisamente cuando estábamos en la pradera vino la gente de todos los pueblos de alrededor trayendo la gente enferma a sus espaldas... Pues aquí mismo haremos el corro. Es por tanto la representación viva del Reino. La corporeización viva del Reino en la espesura de la historia. ¿Qué vemos en la multiplicación de los panes y los peces?. Pues el Reino comenzado. La eucaristía comenzada. Porque eucaristía y justicia es lo mismo. Está el pueblo, el corro grande del pueblo; están los pobres que los han traído a sus espaldas para ponerlos a los pies de Jesús; están los pobres convertidos en mensajeros, en siervos, al otro lado de Jesús... Y aquí comienza el misterio de la germinación de la tierra nueva que en el relato de Mc aparece como la tierra en primavera.

¿Qué ocurre aquí?. ¿Damos la vuelta a la pirámide?. ¡No!. Porque si damos la vuelta siempre habrá abajo sangre vertida. ¿Sujetamos la pirámide desde arriba legitimándola con la teología y con la ley?. ¡No!. Porque queda sangre vertida. ¿Cómo, entonces, hacer la justicia en el mundo?. En una fiesta. El Reino de los cielos se parece a la fiesta de una boda. Como cuando van por los pueblos: «¡Oiga que es la boda!. Traigan la mesa para hacer la comida!». Y se reúnen todas las mesas del pueblo para hacer una única mesa. ¿Es posible?. Sí, claro. Porque entonces, cuando está Jesús sentado en medio dice: «Se me conmueven las entrañas por esta gente. ¿Teneis vosotros algo para darles de comer?. —No tenemos. Que se vayan al comercio. Que entren al engranaje de la historia. Es tarde. Tenemos unos pocos panes. Son mucha gente y está hambrienta. —‘¿No les podíais dar vosotros de comer?’» (Mc 6,34-44).

Los apóstoles son alcanzados por la misericordia de Jesús. Son alcanzados por la justicia que es su misericordia, y se quitan el trozo de pan silenciosamente de la boca y lo ponen en sus menos para que El lo comparta. Como una fiesta de alegría porque han descubierto el tesoro (Mt 13,44). ¡Increíble!. De golpe ha germinado la historia nueva. En una fiesta, al verle a El delante, con las manos extendidas y encendidas de amor, la gente que está alcanzada por su amor, se ha quitado lo que tenía para vivir, para dárselo a otro y ha descubierto que hay otro que está mas abajo y se ha hecho lo que decía la parábola del cambio de puestos: «Tu súbete más arriba. Tú bájate más abajo. Porque estamos en fiesta» (Lc 14,10). Y ahí tienen que tener todos vestido de boda porque si no tienes vestido de boda tienes que marcharte de la mesa (Mt 22,2-14).

No habíamos caído en la cuenta, ¿verdad?. Con los ojos puestos en el yugo de los fariseos o en el cuchillo de los zelotes no hemos descubierto que era posible crear en el corazón de la historia la «tierra nueva y los cielos nuevos que esperamos», sólo por la Gracia, sólo por la Misericordia. Y históricamente se comprueba que la multiplicación de los panes y los peces fue el escándalo mayor de Jesús. El iba poniendo la mesa por los caminos a todos y sobre todo a los pobres y a los pecadores. Mirando el texto podíamos decir que pobres somos todos porque estamos cerra-

dos al amor en el pecado y esa es la mayor pobreza. Pero son más pobres aquellos que además de estar cerrados al pecado están tirados en el camino de la historia. Y más pobres todavía son aquellos que además de pecadores y estar tirados son pisados.

Pero cuando éso se ve que configura la historia y que entonces la tierra misma tiene que ceder en sus muros y sus alambradas para que aparezca la creación nueva... Entonces, los dueños del latifundio —ancianos, sacerdotes, letrados— que tienen la economía en sus manos en el tesoro del templo, deciden matarle. Algo que habían decidido ya al comienzo mismo del camino. Y el pueblo en masa se va porque eso no lo quieren. Ellos quieren repartir pero no quieren compartir, ¡está claro!. Es la tremenda desilusión de la crisis de Galilea. Y tampoco quieren los discípulos porque, en principio, ellos querían ayudar a Jesús y querían compartir, pero compartise, ¡no!. Y El había dicho al día siguiente que su vida era como un trozo de pan partido: «Mi vida es verdadera comida. Mi sangre es verdadera bebida». Y que había que dejarse comer de la gente y que la gente tenía que beber nuestra propia sangre. Y entonces, pues todos los discípulos que se marchaban... Y los Doce se querían marchar. Solamente Pedro como portavoz de los Doce le dijo: «Señor, ¿a dónde vamos a ir?. Si tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,48-69). Es evidente la crisis de Galilea donde ya se da a ver a lo lejos la Cruz.

3. *La entrada a la hora de la consumación*

Estamos en la mesa de los caminos. Una mesa con tal densidad histórica que provoca la crisis radical: de los dirigentes, de los dirigidos, de los seguidores. Y comienza la subida, entrando a la espesura de la historia, hacia el Monte Calvario.

Cuando llegamos aquí nos encontramos con el espanto de los discípulos. Inmediatamente después de la crisis de Galilea, según aparece en el relato de Mc y sus paralelos sinópticos, Jesús empieza a decir algo completamente extraño: «Me van a matar». —¡Pero hombre!— «Si, me van a matar. El Padre quiere que me maten (dédotai, en pasiva). El Padre me ha entregado a los hombres porque es la necesidad de su corazón. Porque el Padre tiene en su corazón la necesidad de que yo me entregue por vosotros (Lc 24,7.26.). Porque el Padre quiere entregarme como siervo». Ahí está la palabra. Ellos esperaban al Mesías con «la toma del poder». Y no habían descubierto que allá, los profetas habían anunciado (el II Isaias) que el Ungido tenía que ser un Siervo: «Todos nosotros andábamos errantes como ovejas, cada uno siguiendo su camino. Y el Señor cargó sobre El la culpa de todos nosotros. Destrozado, varón de dolores, ante quien se oculta el rostro. Con sus heridas hemos sido curados» (Is 52,13-53,12).

El camino de la pasión, en el segundo tiempo del camino, estremece tanto a los discípulos que les da miedo preguntarle. Y Jesús tiene que de-

dicarse casi sólo a ellos. Y no puede entrar en los pueblos porque les estaba acompañando a sobrellevar el escándalo de la Cruz (Mc 9,30-32).

Solamente cuando sube al monte de la transfiguración para el pequeño grupo de hermanos que le había acompañado más adentro en la espesura, se desvela el misterio de que el Hijo en la forma de Siervo, «tanto más se manifiesta cuando más hondo se esconde»: el secreto mesiánico de Mc o la epifanía oculta del Hijo en la forma de Siervo (Jesús impone silencio a los demonios —Mc 1,25.34; 3,12—, a los beneficiados con algún milagro —Mc 1,44; 5,43; 7,36; 8,26—, y a sus discípulos —Mc 8,30; 9,9—).

Esto es ir, radicalmente, contra todos los proyectos de construcción del mundo que tenían las gentes de Palestina legitimados por la Escritura. Porque los zelotes querían dar la vuelta a la pirámide con el primer mandamiento: «la tierra no puede ser de nadie más que de Dios». Y los fariseos defendían el yugo puesto sobre el pueblo porque era voluntad de Dios la ley, y para defender la ley hay que tener muchas leyes como salvaguarda de la Ley. Y defendían el peso de las leyes con la ley para que el pueblo se sometiera a la estructura política del imperio romano cuya plataforma de dominación era el Sanedrín.

Nadie creía que fuera posible que el Hijo fuera entregado como Siervo. Pero lo que no cabía tampoco en el corazón de nadie era lo que Jesús dijo: «Y esta mesa que hemos puesto aquí en esta tierra de Galilea, la vamos a poner en Jerusalén». ¡Qué barbaridad!. ¡En el núcleo de la historia donde todas las estructuras históricas se condensan, se deciden!. «Sí. En Jerusalén. En Sión. En el templo». —¿Es imposible?— «Claro, claro. Es aquí donde hay que preparar la casa para todas las naciones». Fue cuando dijo que había que subir a poner esa mismísima mesa al templo.

Hubo una pequeña entrada victoriosa muy sencilla preparada por los compañeros de Galilea: «¡Hosanna. Bendito el que viene en el nombre del Señor!» (Sal 117). Era una escena de entronización como en la fiesta de las «Tiendas». La entrada del rey. ¡Del Rey!. Pero, ¿quién es este rey pobre y humilde que viene sentado sobre un burro, ¿quién es?. Pues el Hijo del Padre que tomando la forma del Siervo inaugura el señorío radicalmente nuevo de la liberación y de la reconciliación.

El llega al templo y allí da testimonio de que hay que poner la mesa del Padre, quitar la mesa del dinero, porque aquella era una cueva de ladrones, y había que inaugurar allí en Sión, el banquete del que había hablado Isaías, donde participarían todos los pueblos y se secarían las lágrimas de todos los rostros. Aquel banquete donde aprendería la gente a «convertir las espadas en arados y las lanzas en podaderas» (Is 2,1-5). A donde vendrían en peregrinación todos los pueblos y de donde saldría la peregrinación hasta los confines de la tierra. ¡Un puñado de galileos, que no sabía ni leer ni escribir, con el Ungido, en la explanada del templo con las mesas de los cambistas!. Ciertamente Jesús tiene que salir. No la puede poner allí, pero sí dentro de Sión. En una casa pobre de las afueras. Allí mismo la tiene que poner por encargo del Padre. Porque allí está el centro de la historia santa. Allí llega y de allí parte. En una casa humil-

de, tal vez de sus conocidos de Galilea. Una casa que hay que imaginársela con una simple estera en el suelo, donde se celebra la cena pascual. Donde se inaugura la Justicia: del campo a la mesa, de la mesa al camino, del camino otra vez a la mesa. ¿Y cómo se inaugura la Justicia?. Pues para arrancar las cadenas de la opresión, de rodillas lavando los pies como Siervo. Para derribar el muro de la enemistad y el odio: partiendo su propio cuerpo y su propia sangre sobre la mesa, también con los enemigos: «con aquel que lo ha de entregar» (Jn 13,1-30). Ciertamente así sólo. Porque si no, de las otras maneras, lo que se hace es desplazar los muros hacia arriba, hacia abajo, hacia allá,... o se separan las cadenas... Pero romper las cadenas o romper los muros no se puede hacer con el puño cerrado. Porque todo el que tiene el puño cerrado tiene siempre un enemigo debajo. Y si está un enemigo debajo le costará sangre su dominación.

Es en las manos abiertas del lavatorio de los pies y de la fracción del pan donde verdaderamente aparece la *única justicia* que han conocido los hombres. Y ahí se ve la relación tan estrecha entre Justicia y Eucaristía. No podemos distinguir Justicia de Eucaristía. ¡Que es lo mismo!. Sus manos fueron las que partieron el pan de la multiplicación de los panes y los peces y sus pies abrieron después la senda de la justicia. Y ahora son sus manos las que parten el pan y la copa para así abrir de nuevo la senda de la justicia hasta que el Señor vuelva.

Si seguimos el texto de Jn... Terminado el lavatorio de los pies y la santa Cena, Jesús se encuentra con los reyes de la tierra: con las autoridades judías y con las autoridades romanas. Y para Jn el encuentro de Pilato con Jesús es el encuentro entre dos reinos (Jn 18,28-19,16). Dos reinados. Dos justicias. «¿Luego tú eres rey?... Mi reino no es de este mundo (pero no traduzcamos 'mi reino no es de este mundo' como si el Reino estuviera más allá de este mundo; mi reino no es de este mundo porque el reino de este mundo se hace teniendo dinero, defendiendo el dinero con un bastón de mando y estudiando libros para mantener el bastón de mando y seguir defendiendo el dinero). Mi reino no es de este mundo... ¿Pero tú eres rey?... Sí». El mundo no es absolutamente absoluto. El mundo está pro-vocado por la soberanía del Crucificado. «Sí. Lo soy. Y para eso he venido al mundo, para ser testigo de la justicia, de la fidelidad (jaris kai alezeia). «Hemos visto su gloria. La gloria del Hijo único del Padre lleno de gracia y de fidelidad... La gracia y la fidelidad nos ha llegado por Jesucristo» (Jn 1,17.19). «Alezeia». «Para éso he venido al mundo: para ser testigo de la fidelidad y la misericordia». «Santifícalos en la fidelidad» (Jn 17,17).

Entonces es cuando Pilato saca al balcón al Ungido en la forma de Siervo, en esa justicia desarmada para decir a la gente dos cosas: «Este es el Rey. Este es el hombre». ¡Ecce Homo!. El Hijo en la forma de Siervo: ¡este es el hombre en su plenitud!.

Los malhechores tenían que cargar con un palo, no con los dos, porque el palo vertical estaba clavado fuera de la ciudad. Con el palo horizontal. Y con un letrero colgado al cuello donde ponía la causa de su eje-

cución. La causa de su ejecución es «el Reino y su justicia». Porque si el Reino de Dios no tuviera una incidencia histórica, no hubiera sido condenado a la muerte de los criminales. La «mors turpissima crucis» de la antigüedad se da a los rebeldes sociales, a los que quieren abrir brecha en la liberación de la historia. Para castigar los demás delitos se les castiga a morir apedreados. Pero colgarlos del madero de la cruz, sólo se hace con aquellos que han intentado desarticular el montaje de la historia. Por eso, casi en el tiempo de Jesús, cuando los esclavos de los latifundios del sur de Italia intentan iniciar una revuelta, los colgaron en miles de cruces en la vía Apia de Roma. Sólo desde esta realidad se puede explicar, como muy bien dice Hengel, lo que significa histórica y escatológicamente la muerte en la Cruz.

Y la crucifixión se hacía de ésta manera: está puesto el palo vertical de la cruz y llega el malhechor trayendo el palo horizontal. En el suelo le clavan los brazos extendidos al palo que trae él. Con los brazos extendidos se le sube hacia arriba. Juan, el discípulo amado, ha dicho: ¡pero si es una entronización! ¡Si le han entronizado!. «Cuando yo fuere levantado sobre la tierra, todo lo atraeré a mí mismo» (Jn 12,32). ¡Si le han entronizado! ¡Si ha comenzado en verdad, su Reino!. Y efectivamente estaba proclamado en las tres lenguas de la ecumene: en griego, en latín y en hebreo. Para que todo el mundo conocido pudiera oír la noticia: ¡Ha comenzado ya la justicia del Reino. El Hijo está entronizado!. «Sabiedo El que todo estaba llegado a su término, para que se cumpliera la Escritura dijo: 'Tengo sed'» (Jn 19,28). Padre, tengo sed de llevar adelante el encargo que tú me diste. «Porque mi comida es hacer la voluntad del Padre» (Jn 4,34). «Ardientemente he deseado llegar hasta aquí» (Lc 22,15). Y cuando los hermanos le injurian y le atraviesan el cuerpo con la lanza, cuando además de golpearle el rostro ahora le meten el cuchillo en los agujeros de las manos y del costado, aparece la Gracia. Porque «donde abundó el pecado, sobreabunda la gracia» (Rom 5,20). Una justicia nueva, increíble, sacada del corazón de Dios cuando habían clavado sus hijos el cuchillo en el corazón mismo de su Hijo Amado. Por eso se puede decir la palabra con la que comienza el Libro de la Gloria: «Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo, hasta el final (eis telos)». Por tanto ha llegado el amor hasta el final (en perfecto: tetélestai), «consumatum est» (Jn 13,1; 19,30).

Decíamos antes que el reino era el rey y que el rey tenía un encargo. Apareció por tanto el Rey en el trono, puesto que la Cruz está levantada por el Padre. No hemos sido nosotros los que hemos levantado la Cruz. No podíamos levantarla. Por eso se cayó la gente en el Huerto de los Olivos, porque no lo podían coger. Fue el Padre el que lo puso en nuestras manos para que nosotros pudiéramos clavarlo en el madero. La Cruz, por tanto, está levantada por El. ¡Es increíble, ¿verdad?!. Habría que hacer lo del Viernes Santo: con los pies descalzos, ¡Santo Dios!, ¡Santo Fuerte!, ¡Santo Inmortal!. ¡Compadécete de nosotros!. Está levantado el trono del Rey.

4. *La fiesta del admirable intercambio*

Pero hemos dicho que para que aparezca el Reino tiene que aparecer el corro de hermanos, tiene que aparecer la mesa y tienen que aparecer los pobres. Solamente así es como aparece definitivamente la Justicia. ¡Pues claro que aparecen en estas escenas de la Pascua del Hijo!

Lo que pasa es que ahora la muchedumbre se ha marchado y el corro pequeño que queda, que es la Iglesia, está formado por María, por una mujer pecadora pública, Magdalena, por un joven obrero del lago de Tiberíades, Juan, y por otras mujeres del pueblo. El corro de la Iglesia: «Acogeos para que podáis acoger». La palabra a María y Juan: ¡Acogeos mutuamente! (Jn 19,25-27). «Ya que estais acogidos bajo los brazos de la Cruz, acogeos para ser acogedores de toda la humanidad y de todo el universo».

Por tanto, si contamos este puñado de pobres entre los que se cuenta otro guerrillero (el buen ladrón a quien Jesús le dice: «ahora ya está puesta la mesa del Paraíso»), nos encontramos con que el Reino anunciado en los caminos, aparecido en la mesa de la multiplicación de los panes, ha aparecido ahora lleno, plenamente, en la Cruz gloriosa donde el Hijo ha sido entronizado.

Direis: ¡pero nos falta la mesa!. No nos falta, porque cuando El llegó hasta el extremo de su amor, «inclinando la cabeza entregó el Espíritu Santo (¡no el alma!)». Y al entregar el Espíritu, un soldado le abre el costado y de su costado sale sangre y agua que es el agua del bautismo y la sangre de la eucaristía, con lo cual la mesa ya está puesta para siempre entre sus manos. Sus manos son la mesa. Y lo que se palpa en la mesa es él mismo que se entrega a sí mismo, en todo su amor, en su cuerpo entregado y su sangre derramada. ¡Qué misterio tan profundo!. La mesa del Jueves Santo y la cruz del Viernes Santo, una única realidad. Nosotros no celebramos más que una única Eucaristía en el triduo pascual, puesto que el Viernes no es más que la continuación de ésta única Eucaristía donde se unen misteriosamente la Mesa y la Cruz.

Se comprende bien que ahora es cuando se abre la senda del Nuevo Exodo. «No le quebrarán un hueso», era una palabra que se decía del Cordero Pascual, en la cena pascual. Aquella cena de la alegría celebrando el pasar de la esclavitud a la libertad. Ahora se dice éso en la mesa eucarística al «Cordero de Dios que quita el pecado del mundo». Es el título cristológico de la eucaristía repetido cinco veces: «¡Cordero de Dios. Siervo. Santo Siervo Jesús. Cordero de Dios que arrancas la injusticia la opresión y la manipulación del mundo. Que inauguras la liberación y la reconciliación y la plenitud del mundo!».

Se ve que ahora ya estamos haciendo el nuevo éxodo a partir de la mesa, en el cual la humanidad llegará a su plenitud. El texto de «mirarán al que traspasaron» tomado de Zac 12,10, es un texto que Jn lo toma para decir: ¡todos los hombres de todos los tiempos de toda la tierra, tendrán que mirarle a El para ser hombres!. Ha aparecido la reconciliación porque sus manos han roto todos los muros con su inmoción en expiación

de sí mismo por su sangre derramada en la Cruz. Y por lo tanto estamos hablando ya de la «sotería», de la salvación, de la plenitud: «le dió la plenitud a su Iglesia como cabeza de su cuerpo, la plenitud del que lleva todo a su plenitud» (Ef 1,22s).

Pablo, él y sus hermanos, ha preferido en sus escritos, en vez de contar, cantar el misterio de la Cruz, en los Himnos. «Existiendo en la forma de Dios, no intentó ser igual a Dios, (como lo hizo el hombre viejo, Adán, Prometeo) sino que se vació a sí mismo tomando la forma de Siervo. Y dejándose encontrar como siervo humilde llegó hecho obediente hasta la muerte y muerte de Cruz». Pablo añade desde la cárcel de Efeso, de su puño y letra «y muerte de Cruz» al himno comunitario. «Por lo cual Dios lo encumbró sobre todo» (Fip 2,6-11). Pablo y sus hermanos presentan el misterio pascual como una liturgia de la entronización del Hijo del Rey. Cuando un rey tiene un hijo al que va a entronizar, lo levanta por encima del pueblo, lo nombra, lo proclama y después todos lo aclaman. El Padre bajó hasta El, hasta el último lugar de la fosa de la muerte, lo arrancó de la muerte, lo pasó del último lugar al primero, de siervo a Señor, le dió como cabeza del universo a la Iglesia, primogénito de muchos hermanos, primogénito de toda la creación, primogénito salido de entre los muertos. Ese es su nombre: ¡Señor!. «Tú eres mi Hijo. A mi derecha y a la cabecera de la mesa de la Eucaristía y a la cabeza de la marcha. Tu eres mi Hijo, siéntate a mi derecha. Tu eres el Señor» (Sal 2; Heb 1,5-14). El nombre que siempre se había dado a Yavhé pertenece ahora ya al Hijo puesto que El va a ser quien va a llevar adelante el Reino. Entonces en El se esconde toda nuestra liberación, toda nuestra reconciliación, toda nuestra plenitud y todos los seres del cielo y de la tierra. Pablo está contemplando la liberación y la reconciliación cósmicas. No solo de la existencia humana, de la humanidad, sino del cosmos. Todos los seres de los cielos y de la tierra caerán de rodillas para gritar: ¡Jesús, hijo enviado! ¡Cristo, hijo entregado! ¡Señor, hijo entronizado!. Para cantar y dejar ver la gloria del Padre.

Y así podemos entender ahora la comprensión de Pablo y sus hermanos, la comprensión paulina de la Justicia aparecida en la Pascua.

Si en la multiplicación de los panes y los peces la justicia aparece como un cambio de puestos, como «la fiesta del cambio de puestos», la justicia de la Cruz aparece como la fiesta del «admirable intercambio».

Que había aquí pecado... El nos dió su Gracia. El tomó nuestro pecado para que nosotros fuéramos gracia y nos hiciéramos pecado con todos los empecatados de la tierra hasta que el pecado sea arrancado de raíz de la tierra. «Le hizo pecado por nosotros para que fuésemos justicia de Dios en El» (2Cor 5,21).

Que había aquí dolor... Pues El nos dió su Vida. La cambió por nuestro dolor para que nuestros dolores fueran llagas abiertas de amor, paso de su Vida para poder curar todas las heridas de todos los hombres heridos del mundo hasta arrancar el dolor de raíz de la tierra. «Con sus heridas habeis sido curados» (1Pe 2,24).

Que había aquí injusticia... «El, siendo rico, se hizo pobre, tomó nuestra pobreza, para que fuésemos ricos con su riqueza» (cf 2Cor 8,9), y en una fiesta pascual nos identificáramos con todos los despojados de la tierra. No es un cambio en el estar. Es un cambio en el ser. La Justicia de la Pascua es un cambio en el ser, es una «nueva creación» (kainé ktisis). No consiste sólo en que yo cambie mi puesto. Es que me tengo que identificar perdiéndome a mí mismo en la densidad oscura de la tierra en la victoria pascual de Cristo en la fuerza del Espíritu Santo.

Que había aquí sabiduría manipulada... Pues El tomó nuestra locura para que desde nuestra necedad, en ella apareciera la sabiduría de Dios (1Cor 1,21-31), para que nosotros enloquecidamente creemos la sabiduría que arranca toda la oscuridad del corazón de los hombres.

Que había muerte y había maldición... Pues la muerte y la vida entablaron un duro combate y muerto el pionero de la Vida, reina vivo (1Cor 15,54-57).

Asistimos, con las explicaciones del Nuevo Testamento, con la renovación del Concilio Vaticano II, con la centralidad de la Pascua,... al futuro de esta tierra y de esta Iglesia. Todo se juega en la centralidad de la Pascua y de la Eucaristía. Todo, sin duda, se esconde ahí: «¡Mirad el arbol de la Cruz donde estuvo clavada la salvación del mundo!».

La centralidad de la Pascua a través de la Eucaristía, es servir esa mesa del pan y del cuerpo del Señor con toda el alma. Ahí se juega en realidad la justicia del mundo porque esa es la justicia nueva que asume, libera y trasciende todos los demás combates por la justicia.

El paso de Jesús, su Pascua, ha sido vista por los testigos siempre como la gran inauguración de la Justicia. Jeremías decía: «El Señor es nuestra justicia». Y Pablo dice en 1Cor 1: «El se ha hecho para nosotros justicia, liberación, sabiduría, santificación...» y el Apóstol lo está diciendo contemplando la «nada» del mundo que ha escogido Dios, lo que no cuenta, lo que no es, para iniciar la Nueva Creación.

Así es ahora la situación histórica de Castilla. Está en la nada como nunca jamás ha estado así de hundida. Pero eso es fantástico. Porque el Cristo Pascual, crucificado y victorioso, justamente ha hecho aparecer su Gracia en el «No-Ser».

«En verdad es justo y necesario aclamar con nuestras voces y con todo el afecto del corazón a Dios invisible, el Padre todopoderoso, y a su único Hijo, nuestro Señor Jesucristo.

Porque él ha pagado por nosotros al Eterno Padre la deuda de Adán y, derramando su sangre, canceló el recibo del antiguo pecado.

Porque estas son las fiestas de Pascua, en las que se inmola el verdadero Cordero, cuya sangre consagra las puertas de los fieles.

Esta es la noche en que sacaste de Egipto a los israelitas, nuestros padres, y los hiciste pasar a pie el mar Rojo.

Esta es la noche en que la columna de fuego esclareció las tinieblas del pecado.

Esta es la noche en la que, por toda la tierra,
los que confiesan su fe en Cristo
son arrancados de los vicios del mundo y de la oscuridad del pecado,
son restituidos a la gracia y son agregados a los santos.

Esta es la noche en que, rotas las cadenas de la muerte,
Cristo asciende victorioso del abismo.

¿De qué nos serviría haber nacido si no hubiéramos sido rescatados?

¡Qué asombroso beneficio de tu amor por nosotros!

¡Qué incomparable ternura y caridad!

¡Para rescatar al esclavo, entregaste al Hijo!.

Necesario fue el pecado de Adán
que ha sido borrado por la muerte de Cristo.

¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!

¡Qué noche tan dichosa!.

Sólo ella conoció el momento en que Cristo resucitó de entre los muertos.

Esta es la noche de que estaba escrito: 'Será la noche clara como el día, la noche iluminada por mi gozo'.

Y así, esta noche santa ahuyenta los pecados, lava las culpas,
devuelve la inocencia a los caídos, la alegría a los tristes,
expulsa el odio, trae la concordia, doblega a los poderosos.

En esta noche de gracia, acepta, Padre santo,
el sacrificio vespertino de esta llama,
que la santa Iglesia te ofrece en la solemne ofrenda de este cirio,
obra de las abejas.

Sabemos ya lo que anuncia esta columna de fuego, ardiendo en llama
viva para gloria de Dios. Y aunque distribuye su luz, no mengua al repar-
tirla, porque se alimenta de esta cera fundida,
que elaboró la abeja fecunda para hacer esta lámpara preciosa.

¡Qué noche tan dichosa en que se une el cielo con la tierra,
lo humano y lo divino!.

Te rogamos, Señor, que este cirio,
consagrado a tu nombre,
arda sin apagarse
para destruir la oscuridad de esta noche,
y, como ofrenda agradable,
se asocie a las lumbreras del cielo.
Que el lucero matinal lo encuentre ardiendo,
ese lucero que no conoce ocaso
y es Cristo, tu Hijo resucitado,
que, al salir del sepulcro,
brilla sereno para el linaje humano,
y vive y reina glorioso por los siglos de los siglos. Amén»

(Pregón Pascual)

II PARTE

De la mesa de la Pascua al camino del Evangelio

JESÚS, EL SEÑOR, NUESTRA JUSTICIA EN LA MESA Y EL CAMINO, ENTRE LA PASCUA Y LA PARUSIA

El Señor desde la mesa pascual, toma de nuevo el cayado y se pone delante de nosotros en el camino de la Iglesia. Es muy importante darse cuenta de que los textos que tenemos en el Nuevo Testamento, no revelan sólo el camino suyo, el que El hizo con nosotros, antes de Pascua, sino el que nosotros hacemos con El después de Pascua. Porque en el evangelio se refleja el camino de antes de Pascua visto desde después de Pascua y el camino de después de Pascua visto desde antes. Lo cual tiene una fuerza singular para la vuelta a la vida apostólica hoy. ¿Por qué los hermanos juntan las dos perspectivas?. Porque el mismo Señor va caminando delante de ellos. Antes y después. Y las mismas huellas que dejó antes, las continúa dejando después. Ahora, vive y camina con nosotros en la unidad del Espíritu Santo. Por tanto, en la «vuelta a la vida apostólica», según nos sugiere el Santo Padre Juan Pablo II, no podemos hacer una arqueología de los primeros apóstoles. Sino todo lo contrario: recorrer en la fuerza del Espíritu Santo el mismísimo camino de Jesús. Lo que El hizo, lo que dijo, lo que sufrió: «facta, dicta et passa Jesus». Esta es en realidad la gran pasión que el Espíritu sugiere hoy a las Iglesias (Ap 2,7). Por tanto, si la primera parte de nuestra contemplación bíblica, fue acompañar al Señor desde el camino del Evangelio a la Mesa pascual, ahora le acompañamos desde la Mesa pascual al camino del Evangelio, entre la Mesa pascual y la Mesa de la parusia.

1. *“Mi cuerpo entregado. Mi sangre derramada”*

Nos centramos, en este texto de Pablo (1 Cor. 11,23-26) que es el más antiguo que se conserva en el Nuevo Testamento del memorial del Señor. Conviene, sin embargo, que partamos de aquel texto tan admirable de Jn 20,19-23: «Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estando los discípulos reunidos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos, se presentó Jesús en medio y les dijo: ‘Paz a vosotros’. Y al decir ésto les mostró las manos y el costado y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús volvió a decir: ‘Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado así también os envío yo’. Y dicho ésto alentó sobre ellos el Espíritu Santo y les dijo: ‘Recibid el Espíritu Santo’. A quienes perdoneis los pecados les quedan perdonados y a quienes se los retengais, les quedan retenidos».

Daos cuenta de que la Eucaristía es una única Eucaristía en toda la historia, que atraviesa el tiempo. Es un memorial. Al amanecer del Domingo, cuando celebramos la Cena Pascual, se hace presente la misma Cena del Señor, la mismísima, porque su memorial atraviesa el tiempo y nos hace sentarnos a la misma Cena de la primera Pascua. Por tanto, el texto de Pablo sobre la Eucaristía debe ser situado en aquel cenáculo que es este. Es un fragmento eucarístico de la Cena Pascual del día del Señor, que es como sabeis, la fiesta primordial. Los primeros hermanos no celebraban una única Pascua al año, sino que hasta el siglo II, todos los domingos, al amanecer, en la hora en que el sepulcro quedó vacío, al salir el sol, celebraban precisamente la Cena del Señor.

Vamos a descifrar el texto poco a poco. Estamos, por tanto, en el día del Señor. En la Mesa de la Palabra y del Pan. Al amanecer del día primero. El día primero de la creación: la creación no fue más que la aurora del día de Pascua. Estamos en la Mesa del memorial y asistimos a los levantes de la aurora. El texto litúrgico es un texto que evoca todo el misterio pascual: «porque el Señor Jesús, en la noche que fue entregado». La palabra «entrega» descifra todo el misterio pascual en los textos del Nuevo Testamento. El Padre lo entregó: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo» (Jn 3,16); «El que no perdonó a su propio Hijo sino que le entregó por nosotros, ¿cómo no nos va a dar todo con El?» (Rom 8,32). Y porque el Padre lo entregó, nosotros lo entregamos. Así aparece sobre todo en los relatos de Mc y después se prolongan en las Actas de los Mártires: «le entregaron...» «le entregaron»... «le entregaron»,... Pero suspendido entre el cielo y la tierra, El mismo se entregó a sí mismo: «Me amó y se entregó a la muerte por mí» (Gal 2,20; Ef. 5,2,25). Pero ese mismo verbo «entregar», en pasiva, se dice después cuando el Padre lo resucita de entre los muertos: «se me ha dado, todo poder en el cielo y la tierra» (Mt 28,18). El Hijo entronizado, encendido en el fuego del Espíritu, convertido él mismo en Espíritu —porque «el Señor es el Espíritu» (2Cor 3,17)—, es el que ahora entrega el Espíritu en el Pan y la Copa que partimos: «inclinando la cabeza, entregó el Espíritu» (Jn 19,30). Y extendiendo las manos dijo: «Mi cuerpo entregado por vosotros. Esta es la copa de la Nueva Alianza en mi sangre derramada por vosotros» (G. Mc. 14,22-25; Mt. 26,26-29; Lc. 22,15-20).

Conviene que estos dos gestos se situen en la Cena Pascual. Son gestos del padre de familia que en la noche pascual celebra el paso del Señor pero teniendo ante la vista todo el pueblo, toda la tierra, toda la historia Santa. Imposible, por tanto, el intimismo o el individualismo en la Cena Pascual. «El Señor toma el Pan». El texto paulino es profundamente significativo. No aparece ni siquiera la palabra «entregado» sino sencillamente: «Mi cuerpo, por vosotros». Pero «mi cuerpo» ¿qué significa?. En realidad, en la comprensión bíblica, el hombre no tiene cuerpo. Es el cuerpo. Más aún, el cuerpo es la totalidad del ser. En su comunicación, porque gracias al cuerpo el ser humano se comunica: con la comunidad, con el mundo, con la historia. No solamente en su comunicación, sino en el

trance de su revelación. Porque el cuerpo revela la profundidad del corazón. Mas aún, el cuerpo en la concepción bíblica es el ser humano en el riesgo del dolor: gracias al cuerpo, el Hijo Amado puede sufrir de amor y morir de amor.

Por tanto, cuando el Señor toma el Pan roto en sus manos, y al día siguiente el Cuerpo roto de la Cruz, se está entregando El mismo a sí mismo, con todo su amor, en el Espíritu Santo. Sin medida. La palabra «por vosotros», profundamente significativa desde los textos del Siervo, significa en parte sustitución (que El se pone en lugar nuestro), inmolación (El se entrega por nosotros), más aún, misteriosamente expiación (en ese Cuerpo entregado está el perdón de todos los pecados, de todos los hombres, de toda la tierra, de toda la historia). Este «por vosotros», palabra tan misteriosa es el latido mismo del alma del Señor.

Como cuando el padre de familia, al terminar la cena toma una copa de vino para bendecir al Señor y dar parte a su familia en esta bendición, el Señor Jesús toma una copa de vino (—no muchas, sino una sola, como sugieren los exégetas—...). Pero aquí se rompe el paralelismo de la expresión. El texto más antiguo dice «esta copa es la Nueva Alianza» (estamos persiguiendo la novedad y nos la encontramos aquí radicalmente). La Alianza Nueva «en mi sangre». «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre» (1 Cor. 11,25).

Pero ¿qué significa la Nueva Alianza?. La Nueva Alianza es una experiencia del amor del Padre, descubierto en la época del destierro. En Jeremías, en Isaias y en Ezequiel. Cuando el pueblo ha traicionado la Alianza (veis lo que pasa con el hijo pródigo cuando se fue de casa... pues cuando el hijo pródigo se fue de casa, el Padre sacó de su corazón un amor más grande y nuevo que no habría sacado si no se hubiera marchado de casa). ¡Increíble!: «Donde abundó el pecado, sobreabundó la Gracia» (Rom 5,20). Por tanto, el corazón del Padre se conmueve, según aparece por primera vez en Jeremías, y después en el II^o Isaias: Como se compadece un padre de sus hijos. «Como una madre se compadece del hijo de sus entrañas...» «aunque una madre se olvide del hijo de sus entrañas yo no me olvidaré de vosotros» (Is 49,14ss). ¡Esa experiencia de ese amor inmenso, absoluto, interminable, victorioso. ¡Radicalmente nuevo. Es la Nueva Alianza!. La Nueva Alianza es una misericordia que viene desde más arriba, fuera de nosotros, sobre nosotros, que va más abajo. La Nueva Alianza crea un corazón nuevo. —No renueva. Crea un corazón nuevo-. Y va mucho más allá, porque rompe todos los límites del pueblo, todas las condiciones de la acogida de la fe, para abrirse camino entre los pueblos en todos los horizontes de la historia. Ya se había adivinado en el II^o Isaias en el destierro, que esta Nueva Alianza se sellaría en la sangre del Siervo. Te hago alianza de un pueblo, luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de las tinieblas y extiendas la justicia hasta los confines de la tierra (Is 42,6ss).

Estamos tocando, por tanto, el latido más profundo del alma de Jesús. «Mi sangre, esta copa sellada en mi sangre». Copa que en los Salmos

aparece, por una parte, como la copa del destino personal: «¿podeis beber la copa que yo tengo que beber?» (Mc 10,38). Destino personal consumado en la muerte: «que pase de mí esta copa» (Mc. 14,36). Copa que se convierte en copa de victoria: «¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? —Levantaré la copa de la salvación» (Ps. 115,4). Pues éso mismo: el destino del Hijo entregado como Siervo a la muerte, en «muerte victoriosa» que es lo que El mismo entrega en la copa de su Sangre. Pero esta palabra «en mi Sangre» debe ser leída en parte como 'sello' (¡Impresionante!: la muerte del Hijo es el *sello*) de la Alianza Nueva (Is 53). Y el *don* de la Alianza nueva (Ex 24). Necesitamos detenernos y asombrarnos ante esta palabra que aporta toda la hondura de la novedad de la Alianza entregada por todos. Entregada como perdón, porque el perdón es la forma suprema del amor. Es la aparición suprema de la misericordia, como perdón, en el que se realiza nuestra liberación y reconciliación. La absoluta gracia, la entera novedad, toda la liberación, toda la reconciliación, toda la plenitud. De la Iglesia, de la humanidad, del universo, de la historia. En alabanza de la gloria de su gracia.

2. "Un corazón y un alma. Todo en común"

Estamos asistiendo a la primera Eucaristía Pascual de los hermanos. Pero conservamos, además, un fragmento de un canto de comunión. Pablo, lo mismo que ha recogido en el capítulo 11 el «memorial», lo que proclamaría el Apostol en el instante mismo del memorial, ha conservado también el primer canto de comunión que conservamos en el Nuevo Testamento: «El pan que partimos es la comunión en el Cuerpo de Cristo. El caliz de bendición que bendecimos es la comunión en su sangre». Así de sencillo, mientras iban pasando el pan y la copa, cantaban juntos en el instante mismo de la comunión. Pero el Apostol, como sabeis, ha cambiado el orden del canto y ha empezado diciendo: «La copa de bendición que bendecimos es la comunión con la Sangre de Cristo. Y el pan que partimos es la comunión en su Cuerpo. Por eso los muchos somos un cuerpo, porque partimos el pan único» (1Cor 10,16-17).

Realmente estamos ante una experiencia muy profunda: al compartir el pan y la copa, entramos a la comunión abismal «por El, con El y en El en la unidad del Espíritu Santo». La «epiclesis» primera ha hecho el milagro de que el pan sea ya el Cuerpo roto del Señor y la copa sea su Sangre vertida. Pero al comulgar ahora el pan y la copa es cuando pasamos a ser hijos en el Hijo: el bautismo brota de la Eucaristía y a la Eucaristía conduce. «Salió del costado abierto de Cristo el agua y la sangre» (Jn 19,34). Por tanto, la «koinonía» del Hijo, la comunión en el Hijo, la comunión en la filiación y en la fraternidad del Hijo es el don eucarístico que se anticipa en el bautismo y se consume en la Eucaristía. Pero no solamente pasamos a ser hijos en el Hijo y hermanos en el Hermano y here-

deros en el Heredero en la comunión del Hijo, sino que además en el carisma originario que es el mismo Espíritu de la filiación y de la fraternidad, se concede a cada hermano un don para un servicio. Los carismas surgen de la Eucaristía. Todos iguales y sin embargo todos distintos. De tal modo que después del memorial, viene la «epiclesis» segunda, para que la comunidad se convierta en Cuerpo de Cristo. En Cuerpo de Cristo uno en muchos, el cuerpo inmolado que se convierte en cuerpo eclesial. Comunión en la unidad y en la diversidad.

Cuando nosotros pasamos a ser lo que comemos no solo pasamos a la comunión del Hijo, sino que cada uno, siendo hijo, hermano y heredero, tiene un gesto carismático distinto para llevar adelante la misión del Señor.

Ahora se comprende bien lo que se sugiere en el acontecimiento de la Plegaria Eucarística. En el acontecimiento de la Plegaria Eucarística sucede todo el misterio que estamos descifrando. El Señor con los brazos extendidos y abiertos delante de nosotros nos entrega su Cuerpo roto y su Sangre vertida. Cuando nosotros pasamos a comer y a beber su sangre, según dice Juan en el capítulo 6,56: «El que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él», Misteriosamente. Y «lo mismo que yo vivo por el Padre ('día': pasando mi vida a través del corazón de Padre), así el que me come vive por mí». Entonces, naturalmente, en la «epiclesis» segunda, la comunidad reunida en torno a la Mesa de la Eucaristía se hace cuerpo del Cuerpo de Cristo en la «koinonía». Por eso en el himno se junta la comunión en el Cuerpo de Cristo y en la Sangre de Cristo con la comunión eclesial de la fraternidad. Pero si os dais cuenta, esa «koinonía» se extiende. Porque el Señor que ha cerrado las manos sobre nosotros en la «epiclesis» segunda para meternos en sus entrañas, las abre sobre nosotros porque falta todavía la humanidad y el universo para que tome parte en esta comunión. Y como El nos entraña en sus entrañas y sus entrañas son las humanidad, nos entraña en las entrañas de la humanidad y después de comulgar tengo que decir que la humanidad son mis entrañas. Y como sus entrañas entrañan el universo, cuando comulgo tengo que decir que el universo entero y los pobres de toda la tierra son mis entrañas. «Os amo en las entrañas de Cristo». Fip 1,7-8: 'Mis entrañas' porque he sido entrañado en el mismo aliento de la unidad del Espíritu Santo: el mismo en El y en nosotros. «El que se allega al Señor se hace un Espíritu con El» (1 Cor 6,17). Uno, uno mismo: el suyo en nosotros. Por eso al extender el Señor sus manos abiertas para reunir el universo en la fraternidad, los que estamos vueltos a su corazón, somos vueltos, convertidos a la misión. «Reune en torno a tí, Padre misericordioso, a todos tus hijos dispersos por el mundo» (Pe III). Como que los brazos que primero nos hubieran reunido nos convierten a la misión a la humanidad y al universo hacia los confines de la tierra. «Padre de bondad, que todos sus hijos nos reunamos en la heredad de tu Reino, junto con María la Madre de Dios y el cosmos, y allí junto con toda la creación libre ya de pecado y de muerte, te glorifiquemos por Cristo, Señor nuestro, por quien concedes al mundo todos los bienes» (Pe IV).

Ahora la misma comunión eucarística se convierte en misión a la humanidad y al universo para convertir la humanidad y el universo en eucaristía, en Acción de Gracias. Ahí donde termina realmente la historia humana: en una Eucaristía interminable. La ofrenda eucarística: que la humanidad y el universo un día puedan llevar a la mesa eucarística todos los dones de toda la historia humana transfigurados en la gloria del Primogénito. Por eso es ahora cuando se vuelve El al Padre para meternos en el corazón del Padre: «por El, con El y en El, en la unidad del Espíritu Santo». La entrada al corazón del Padre, se hace entrada al corazón de la Fraternidad y en ella y por ella, al corazón de la humanidad y del universo. Por eso podemos darnos el 'osculo de la paz' y podemos salir al mundo cantando el himno: ¡Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo! ¡Danos la paz!

Es muy importante darse cuenta, cuando se estudian los textos primitivos del mismo relato, que precisamente entre la Plegaria Eucarística y la comunión se incluye el grito ¡Maranatha!. Un grito misterioso que apenas tenemos descifrado. Se comprende bien entonces que el «memorial» es, por una parte «memorial» de la Pasión del Señor, y por otra parte «anticipo» de la Parusía. «¡Oh sagrado convite en el cual se come a Cristo, se recuerdo su Pasión y se nos da una prenda de la gloria futura!» (Sto. Tomás). «Haced ésto, no en memoria mía, sino en memoria de mí». «Cada vez que comeis este pan y bebeis esta copa, proclamais la muerte, la muerte del Señor, (¡misteriosamente la muerte del Señor!), hasta que vuelva». (1 Cor. 11,26).

Toda la misión es una liturgia. Es la propia oración, por los caminos, de la Plegaria Eucarística. En realidad es un canto, es un anuncio. La liturgia es el alma, no solo de la mesa del altar, sino de todos los caminos de la misión. Los apóstoles no son más que servidores de esta inmensa liturgia y alabanza que el Señor prepara para entregarla al Padre en su cuerpo, para que él Padre sea todo en todos». Cf. 1 Cor. 15,23-28.

¡Maranatha! entre el osculo de la paz y la comunión. 1Cor 16,22 es el fragmento en que se conserva en el Nuevo Testamento. Un eco de la aclamación se encuentra en Ap 22,20 traducido en griego. También en arameo se conserva en Didajé 10,6. ¡Mará! es un grito arameo como ¡Abbá!. Abbá: Padre. Mará: Señor. «La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo» (2 Cor 12,13). En la mesa eucarística a la cabecera de la Mesa está el Padre. A la derecha, el Primogénito, nos pasa su abrazo de amor, que nos reúne en la unidad del Espíritu Santo. ¡Marana: Señor nuestro!. ¡Maranatha!: Es en primer lugar un grito de alegría ¡ya estás aquí, ya ha sido la victoria! ¡Es el júbilo!. La «hagalíasis» de las primeras comunidades cristianas. En la celebración eucarística el júbilo no depende de nuestra respuesta. No depende de lo que hagamos nosotros. Es un «opus operatum». Es una «obra obrada». Que depende solamente del Señor y que no depende de nosotros. Es el grito de que nada ni nadie nos podrá arrancar del amor que el Padre nos ha tenido en su Hijo (Rom 8,28-38).

La alabanza se une inseparablemente a la súplica. El corro es aún pequeño, la mesa es aún pequeña. Faltan muchos hermanos a la Mesa. Todavía la tierra no está transfigurada. Por eso el grito del presente: ¡Maranatha! ¡Ya has venido!, se convierte en grito del futuro: ¡Maranatha! ¡Ven, Señor!. Pero no cantando con angustia sino cantando un canto de aclamación: Ya le vemos venir: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!». Es más. La comunidad en ese grito de alabanza es tomada en la obediencia de la fe y sacada fuera del Cenáculo a los caminos de la misión. Porque la aclamación es la forma suprema de creer no solo como confianza, sino como obediencia. Lo mismo que el Abbá, Maranatha son gritos que el Espíritu gime en nosotros, son gritos inenarrables (Rom 8,26s). «El Espíritu y la Esposa dicen ¡Ven, Señor!. Quien lo oiga diga ¡Ven, Señor!» (Ap 22,17).

Pero no debemos olvidar una cosa que tenemos muy olvidada y es que este grito se dice entre el «osculo de la paz» y la comunión. Porque hay una llamada apremiante a la conversión: «¡Abrid el corazón. Está viniendo. De lo contrario, si no os amais y no amais a los hermanos, se anticipa el juicio final!. «¡Anatema!». ¡Increíble!. Antes de comulgar. ¡Con tanta frivolidad celebramos nosotros la Cena...! «El que no ame al Señor, sea anatema» (1 Cor 16,22). El que sea santo que se acerque y el que no lo sea que se convierta. ¡Maranatha!. Hay que rasgarse las vestiduras: «Fuera los perros, los hechiceros, los impuros, los asesinos, los idólatras y todo el que ama y practica la mentira» (Ap 22,15). Se anticipa ciertamente el juicio final. Es la apocalipsis del juez del último día, que compromete a todos, empezando por el que presta sus manos al Señor.

Nos encontramos, por tanto, ante la situación de que la «koinonía» eucarística, llama de manera apremiante a que se corporeice la fraternidad que anticipa la tierra futura. La Eucaristía es un don que al ser acogido, corporeiza esta fraternidad. ¿Por qué?. Porque la Eucaristía, como es la fiesta de la tierra esperada, tiene que aparecer como «sacramentum et instrumentum». Paradigma y primicias. La comunidad, que es el cuerpo del cuerpo partido en la mesa, debe corporeizar ya ahora la justicia del Reino. En el pasado de sus vidas tiene que ser una parábola. Sencilla, pero simbólica. En el sentido literal mismo de la palabra símbolo. Que exprese como anticipo y referencia la tierra nueva ya inaugurada y esperada todavía.

Ahora se comprende muy bien porque el Apóstol ha situado estos textos en una polémica sobre los pobres. La comunidad de corinto se reúne al celebrar la Cena del Señor el Domingo, pero no pasa después nada. ¿Por qué?. Porque los hermanos están divididos como antes. Porque los pobres están marginados como antes. Entonces el Apóstol dice: «¡Así os estais pudriendo. Así os luce el pelo. Así os caeis de desánimo. Porque el que come el pan y bebe la copa sin darse cuenta del Cuerpo, se come y bebe su propia condenación!». Los exégetas han tardado realmente en descifrar esta palabra misteriosa de 1Cor 11,29 que tiene que ser explicada desde 1 Cor 10-17. ¿Qué significa el que come el pan y bebe la copa sin darse

cuenta del Cuerpo?. ¿Significa que hay que darse cuenta de que el pan se ha convertido ya en su cuerpo y la copa de vino en su sangre?. Ciertamente, pero mucho más. Tiene que darse cuenta que no puede comer el pan sin comulgar la fraternidad. Porque la fraternidad es el cuerpo del Cuerpo de la Eucaristía. Y en ese cuerpo de la fraternidad los miembros más débiles son los más necesarios. Son los pobres los que están más en las entrañas de Cristo. Por tanto, cuando los hermanos comen el pan y beben la copa manteniendo las divisiones entre los ricos y los pobres, entre los hombres y las mujeres, entre los amos y los esclavos, entre los bárbaros y los escitos... o consintiendo en la fraternidad misma de la Iglesia los núcleos de la marginación... entonces sucede el anticipo del juicio final. Ya había subrayado Mt 25 que los pobres son la «representación Christi iudicis». Cuando viene un pobre es Cristo mismo quien se acerca, como el juez soberano de la historia.

Estamos alcanzando la exigencia que nace del don del «cuerpo entregado» y de la «sangre derramada». Por tanto, cuando uno come el pan y bebe la copa tiene que mirar sus manos y ya todo lo que tiene no le pertenece. En la entrega del Señor todo lo que tiene y todo lo que es se ha convertido en Gracia. En Eucaristía. En gratitud. En gratuidad. Por la fuerza de la seducción de la mesa se hace posible lo imposible, allí mismo, en la Mesa, se puede poner a los pies de los apóstoles lo que no necesita para vivir. Ya no nos pertenece; ya no lo necesitamos. Ha aparecido en la fraternidad de la justicia nueva.

En la misma eucaristía se enraiza la dinámica de la comunidad de bienes. Porque se trata de inaugurar la tierra nueva ya aquí y ahora en la Iglesia. Todo el mundo tiene que ver que la tierra nueva que esperamos en la justicia de Dios, está ya aquí visiblemente palpable. Una tierra donde no hay pobres. Donde los pobres se han convertido en los primeros siervos de la Mesa, la presencia alentadora de la comunidad hacia el Reino. Habría que leer también desde aquí, seguramente, el texto de la «justicia nueva» del Sermón del Monte, la oración, el ayuno y la limosna (Mt 6,1-18). Después de hacer oración bajo el rostro del Cristo Pascual en la Mesa de la Eucaristía y volverse uno a la soledad y el silencio de su propia oración, quedándose a solas con El, y siendo El todo y sólo para nosotros, en el silencio del corazón, de la abandonada confianza, uno se quita de la boca lo que necesita para comer, con alegría, y, a escondidas, no como limosna, se lo pasa a los pequeños que están dentro y fuera de la comunidad.

La fuerza de la cena pascual se revela después en la «koinonía» que aparece en los sumarios de Act 2. 42-47 y Act 4. 32-35. «Permanecían unidos en la escucha de la Palabra, en la fracción del Pan, en la oración continua». Acogían el Espíritu de la Pascua en la Palabra y el Pan de la Mesa, abriendo las manos en la oración continua. Como dice PO 14: «Esta caridad pastoral, 'maxime profluit' = fluye máximamente de la Eucaristía. Pero no se puede acoger si cada vez uno no se adentra y en el misterio de Cristo, entregándose 'semper intimius' = cada vez más íntimamente

a la oración silenciosa. La doctrina de los apóstoles, la fracción del Pan y la oración continua. Cuando permanecían en la «koinonía» nos significa aquí la comunión, sino la fraternidad donde cada uno aporta según puede y recibe según necesita. En el amor del Señor, comparten y acogen. Así en la fraternidad se inaugura la tierra nueva, donde ya no hay pobres porque se ha inaugurado la tierra del porvenir.

Y todo esto no con una colecta de Cáritas, ni con unas cuotas parroquiales, ni por una oración,... Dice luego después Pablo en 2Cor 8.9. «Es una seducción de la Gracia que se realiza por caminos que transparenten la gracia y la gratuidad». La nueva justicia en la mesa es un misterio de seducción. El que vea al Señor con los pies descalzos y enclavados en la Cruz, con sus manos vacías y enclavadas y su costado abierto, necesita muy poco para vivir. Uno se puede hacer pobre si se siente amado. Es, por tanto, la comunidad de bienes que empalma muy estrechamente con la comunidad de vida: «Tenían un corazón y un alma. Y por eso todo lo tenían en común». No hay comunidad de vida si no hay comunidad de bienes y no hay comunidad de bienes si no hay comunidad de vida. Y ambas, comunidad de bienes y comunidad de vida, están referidas a los pobres de cerca y de lejos.

Admirable el fragmento del Apóstol cuando al marchar del Concilio de Jerusalén le dicen los hermanos: Ya ves la lluvia de pobres que se acogen a nuestra mesa. Tu, cuando salgas por los caminos, acuérdate de los pobres». Y él dice en Gal, 2,10: Lo tomé tan en el corazón, acordándome de los pobres de entre los santos, que todos los domingos, en la comunidad en que estuviera, cuando se proclamaba el «memorial» del Señor, pedía a los hermanos que se miraran las manos 'con los ojos puestos en Aquel que por amor nuestro, siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza' (2 Cor 8,9)». Y este gesto de amor no solo a los pobres de cerca, sino a los de lejos, a los que estaban en las fronteras del imperio, en la tierra donde se pasaba hambre y había guerra. Pero no como dando a los 'paganos', sino recibiendo antes el don del evangelio que les había venido de los pobres de entre los santos. En una «koinonía» que el Apóstol llama leiturgia y charis, liturgia y gracia. Gracia que se acoge y que se comparte. Los hermanos de Macedonia, desde la extrema pobreza, como la pobre viuda del Evangelio, con inmensa alegría, se excedieron en la generosidad y le pidieron, por favor, que acogiera el que tenían, para dárselo a los pobres de lejos. Se entregaron al Señor, y después se entregaron, lo que tenían «me lo entregaron a mi» para los pobres y enviarlo así a Jerusalén, la tierra extenuada de los márgenes del imperio (2 Cor 8,1-9,15).

La Eucaristía, como es única [cuando yo celebro la Eucaristía siempre la estoy celebrando en el corazón de África, de América Latina, de Asia, y aquellos hambrientos son comensales de mi propio banquete eucarístico, son las dos mesas, una mesa única porque único es el Pan]. Entonces dice el Apóstol, pues como en el desierto: que solamente haya maná para un día. Y que para todos haya «isótes». Aquí toma una palabra de la filo-

sofía griega, muy bella: los filósofos griegos decían que la justicia cuando hay que medir una piedra de granito, no se adapta como una regla a los agujeros de la piedra, y que tiene que pasar de justicia a «isótes» = «la equidad». La equidad de la justicia nueva, para poder dar a cada uno según necesita y aportar cada uno según puede. Es así la «koinonía» de la «leiturgia», con lo cual la Iglesia, cada Domingo se convierte en parábola sencilla de la tierra esperada. Y desde la mesa se abre el camino a los cielos nuevos y a la tierra nueva, que esperamos.

Ahora comprendemos que la transformación del pueblo y de la tierra que se nos encomienda, antes de que abramos cualquier camino de evangelización y de profecía, necesita tener detrás, como cuerpo del Cuerpo de la Eucaristía, la comunidad de los hermanos que comparte la vida y los bienes con los pobres en la unidad del Espíritu Santo. Con los pobres de cerca y de lejos en el corazón, porque siendo «sacramentum» se puede convertir en «instrumentum», siendo «paradigma» se puede convertir en «germen» del Reino, y el «germen» se puede convertir en «senda».

3. *En la brecha del «año de la gracia»*

Es aquí donde había que situar de nuevo la misión de los Doce y la misión de los 72. Porque lo que ocurrió en los caminos de Galilea antes de Pascua no fue más que un pequeño ensayo de la misión que se inicia en la Pascua. Lo que empezó en los caminos, empieza propiamente ahora. Llamó a los Doce, les dió poder para expulsar espíritus inmundos, es decir para preparar la mesa del Reino. Y les encargó los mismos gestos que El hacía. «Jesús recorría las ciudades y aldeas enseñando en sus sinagogas y proclamando la Buena Nueva del Reino, sanando toda enfermedad y toda dolencia y al ver a la muchedumbre sintió compasión de ellos porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor. Y llamando a sus discípulos les dió poder sobre los espíritus inmundos para expulsarnos, para curar a toda enfermedad y toda dolencia» (Mt 4 y 10). Mateo hace un paralelo exacto entre lo que hacía El antes de Pascua y lo que tienen que hacer ellos después. Tres cosas: 1) Anuncio del Evangelio: «Id proclamando que el Reino de los cielos está cerca» (Mt 5,23/10,7). 2) Curar las heridas de los pobres: «Curad enfermos, resucitad muertos, purificad leprosos» (Mt 4,24/18,8a). 3) Comprometerse en el combate por la justicia nueva: «Echad demonios» (Mt 4,24/10,8b). El mundo está dominado por las fuerzas del Maligno. Poner la mesa por los caminos es un combate con «el fuerte» (Mt. 12,22-28).

Según veníamos diciendo, la Iglesia del Señor, que es una fraternidad compartida, es lanzada por la misma Eucaristía a los caminos de la misión. El Señor que estaba delante de la Mesa, presidiendo la Mesa, con las manos abiertas y el Pan partido, se ha levantado con el cayado hacia adelante y ha arrastrado consigo a todos los hermanos que había entra-

ñado con El en su Cuerpo de la Iglesia. ¿Qué tiene que hacer la Iglesia ahora, por tanto?. Sobre las mismas huellas de Jesús, avanzar por «el camino nuevo y vivo abierto por El para nosotros» (Heb 10,20).

Para el combate por la justicia lo primero es el anuncio del Evangelio. La aportación más honda a la transfiguración del mundo se juega en el anuncio del Evangelio. ¿Por qué? Porque el pecado del mundo nace del pecado personal. El pecado personal es el desencadenante. La desobediencia, la ambición, la dominación. Y el pecado social es un pecado desencadenado que se ha independizado, que se ha agigantado y reforzado y que retorna sobre el corazón de los hermanos de nuevo para ahondar y adentrar en el corazón más hondamente el pecado personal.

El «kérygma» y la «didaché», el pregón del Evangelio y la catequesis, son la aportación más radical al combate por la justicia. Porque es ahí donde cada uno de los hermanos y la comunidad de los hermanos, abre las manos al Padre en la obediencia de la fe. Y la fe es confianza, pero cuando es sólo confianza, aún no se puede convertir de lleno en amor. Voy a poner un ejemplo para dar palabra al Apostol que habla de la «obediencia de la fe». La fe como confianza es como cuando una madre lleva a un chavalillo en sus brazos, o un padre. Y ¿qué es la fe como obediencia?. Pues cuando el padre lo tira hacia arriba y lo espera con los brazos abiertos y el chavalín tiene que salir fuera de sí para pasarse enteramente al que le amó. ¿Tenemos, pues, mística del combate por la justicia más fuerte que esta experiencia de la obediencia de la fe que se convierte en el servicio del amor y en el aliento de la esperanza?. Ciertamente, no. Y la experiencia nos demuestra que donde no hay esta experiencia, uno lucha por un tiempo mientras funcionan sus intereses, pero que nunca se convierte en un peregrino permanente hacia la tierra del porvenir. El compromiso por la justicia germina con el «kerygma» y la «didajé». Pues esta evangelización se hace con experiencias vivas: enseñar a orar, enseñar a vivir en fraternidad, enseñar a luchar por la justicia, de la cercanía de los pobres. La evangelización es entonces camino que traduce el evangelio al lenguaje de cada hermano y en un coloquio de la gracia, para que el hermano se pase al camino del Señor. ¡Tarea apasionante!

¿Cómo se pueden crear esta tierra nueva y estos cielos nuevos?. Pues cuando un hombre, (bastaría uno, puesto que por uno comenzó el pecado y por uno la Gracia), inaugure, en cualquiera de nuestras pequeñas comunidades de Castilla, la experiencia de la obediencia de la fe para el servicio gratuito y martirial del amor en el aliento de la inquebrantable esperanza. El camino de la justicia nueva comienza cuando ponemos su gracia en las cadenas de nuestro pecado. Pero hay que continuar puesto que las cadenas continúan. Pero Jesús une estrechamente el anuncio a los signos. Ahora hay que poner vida donde están las cadenas del dolor. Pero cuando decimos vida, estamos diciendo su Vida donde está el dolor nuestro. Es muy importante cuando pensemos en las heridas de los pobres, darnos cuenta de sus causas. En la comprensión de Jesús las heridas se abren desde dentro, y desde fuera. Desde dentro por estar cerrados al amor

puesto que también los pobres son malos. Desde fuera pues las cadenas del despojo, la opresión y la manipulación, marginan y destrozan, cadenas de dentro y de fuera. El hombre es amor, está hecho a imagen del Hijo. Y cuando el hombre se cierra al amor, a impulsos del corazón y de la sociedad, empieza a morir. Y las heridas del dolor, ¿qué son ni más ni menos que el anticipo de la muerte?.

Los milagros, por tanto, son esenciales en el camino de la justicia. Los milagros son el gesto de poner su vida en las heridas nuestras. El reinado del Señor avanza en la curación de las heridas de los pobres. Pero entendidos los milagros como «nueva creación». La misericordia del Señor, con la fuerza creadora que tiene, es acogida por los pobres con manos vacías y abiertas, en la fe, que no es condición para ser curados, pero sí apertura la misericordia. Una fe que se hace alegría y confesión de alabanza y acción de gracias. Los milagros se realizan con la fuerza de la gracia. «No tengo ni oro ni plata; te doy lo que tengo» (Act 3,6).

En tres palabras breves se podría decir en qué consiste, a la luz del Nuevo Testamento, la curación de las heridas de los pobres en manos de Jesús. 1º: Se trata de una humanidad nueva, hacer de la basura de la tierra una humanidad nueva. Los pobres, por tanto, son curados «de dentro a fuera». Se les cura las ceguera del corazón y se le abren los ojos. Se les cura la parálisis del corazón y hace que las rodillas puedan saltar. Se les cura el no tener palabra en el corazón y se hace posible que canten los labios. 2º: Hay que traerlos a la comunidad. No solamente hay que curarlos de dentro a fuera y ponerles en pie abiertos al amar de Jesús. Traerlos a la comunidad pero no solo para que se acaben de curar en la fraternidad sino para que nos curen a nosotros. Como aquel ciego de Jericó que se dejó tomar de la mano y tiró el capote para entrar en el corro de Jesús, mientras los discípulos de fe «menguada», estaban todos llenos de miedo, en los caminos de la Pasión. Los pobres no solo se curan en la comunidad, nos curan a nosotros, nos convocan. ¡A nosotros!. Lo sabemos muy bien: los pequeños del Señor de nuestros pueblos y nuestras ciudades, nos sanan a nosotros, nos alientan, nos reconstruyen, nos devuelven a la comunidad. 3º: Y son pregón del Reino por los caminos. «Todo lo hizo bien. Ha hecho hablar a los mudos y ver a los ciegos». ¿Quién lo ha hecho como EL?. Los pobres son, por tanto, «clamor del Reino de los caminos». Provocación el mundo, para salir al encuentro del señor.

La curación de las heridas de los pobres son, entonces, una germinación anticipada del último día. Un símbolo de la humanidad por-venir. Una presencia alentadora para la Iglesia y para el mundo a hacer un éxodo desde la oscuridad de la noche. Es fundamental esta comprensión tan viva y tan honda que ensancha nuestra mirada. Podemos ir más allá en dar una limosna o llevar a una residencia. Aun haciendo esto, se podría hacer una comunidad de amor, para los mismos gestos de Jesús. Así los pobres curados sanan una nueva humanidad puesta en pie para convocar a la Iglesia y provocar al universo. Pero la lectura que hace Marcos de la curación de las heridas de los pobres es aún más viva. Puesto que se trata de

que los pobres hasta dejen de mirar en sus heridas. Ya no hay más milagro que la Pascua de Jesús. En la segunda parte del camino no hay milagros. Se trata de asociarse ardientemente a la travesía pascual de Jesús como aclamación a su victoria. En la curación de las heridas hay que pasar de «los milagros» al «milagro». Y lo que en la «entropía» de la historia parece que se hunde sin remedio, «se acoge al que es la fuerza de las cosas y en El rejuvenece». Pero naturalmente no podemos tampoco nosotros hacer este milagro de traer a los pobres a la comunidad si no trabajamos por la justicia en el mundo. El servicio de los pobres está inseparablemente unido al trabajo por la justicia.

4. Por el "camino nuevo y vivo" de sus huellas

Se trata de una lucha completamente nueva. Y direis ¿por qué 'lucha'? La palabra 'lucha' ¿por qué?. En los textos de la Fuente Q y de Marcos aparece «el combate» con el Maligno. Como un «combate». Y en los textos paulinos «la armadura de la fe, de la esperanza, del amor, de la justicia, de la verdad, de la paz». Como un combate. Distinto de la lucha de los fariseos que querían poner el yugo de la ley utilizando a Dios. Pablo señala con gran agudeza tan bellamente en Rom 10: 3. «Diciendo que buscan la justicia de Dios, pero haciendo su propia justicia no se sometieron a la justicia de Dios». Luchan por los pobres del pueblo poniendo el yugo de la ley para que la gente se integre en la estructura imperial, mientras permanecen en la arrogancia y en la marginación. Con los puños cerrados, siempre sangre derramada bajo los pies. De modo semejante la lucha con las armas de los zelotes que también hacen de su justicia la justicia de Dios. Dejando también a los mismos «pobres del campo» muchas veces asesinados porque no responden a los proyectos de su propio terrorismo. Con los puños cerrados, siempre sangre debajo de los pies.

El combate de Jesús por la justicia es a manos abiertas y traspasadas. Derrama su sangre, no la sangre de los hermanos. Antes de la provocación, antes, se ve el don del amor en la Mesa de donde parte el camino nuevo. El combate por la justicia antes es un indicativo, después un imperativo. Estamos ante un camino nuevo y vivo abierto por él para nosotros. Antes germina la justicia en la creación de la fraternidad, en la curación de los pobres, como hombres nuevos, en su camino por el mundo, siendo clamor del Reino de la Justicia que viene. Esta iluminación provoca la innovación, la radical transfiguración de las estructuras del mundo.

La justicia nueva aparece en la Mesa donde se anula la opresión en la servidumbre y se anula el enfrentamiento en la inmolación. De la mesa se pasa al camino de la Bienaventuranzas. Con este camino Jesús hace una pro-vocación a todos. La pro-vocación es anuncio, convertido en denuncia. A grandes y pequeños: «¡Ay de vosotros los ricos porque ya teneis vuestro consuelo. Ay de vosotros que ahora estais saciados porque ten-

dreis hambre. Ay de los que ahora reis porque hareis duelo y llorareis!» (Lc 6,24s). «¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas que pagais el décimo de la menta, del anís y del comino y descuidais lo más importante de la ley: el derecho, la misericordia y la fidelidad!» (Met 23,23).

De las bienaventuranzas a las malaventuranzas. La denuncia que viene detrás del anuncio. Mas aun la malaventuranza se dice para lograr la bienaventuranza (Lc. 6-20-23/24-26; Mt. 5.1-12/23-1-39). Se denuncia para el anuncio. La malaventuranza se dice para que los hermanos puedan encontrar la bienaventuranza. Se denuncia para el anuncio, se provoca para recuperar a todos. Y además se provoca y se denuncia también a los pobres. ¡También!. «¿A quién se parece esta generación?. Se parece a los niños sentados en la plaza que gritan a otros: 'Hemos tocado la flauta y no habeis bailado. Hemos cantado lamentaciones y no habeis llorado'. Porque vino Juan (está diciéndoselo a la gente de los pueblecitos pequeños de los márgenes del lago: Corazón y Betsaida), que ni comía ni bebía y dicen 'tiene un demonio'. Vino el Hijo del hombre que come y bebe y dicen 'ahí teneis un comilón y un borracho» (le habían sacado este mote a Jesús en aquellos pueblos)... Se puso entonces a recriminar a las ciudades donde había hecho casi todos sus milagros porque no se habían convertido: '¡Ay de tí Corozáin. Ay de tí Betsaida!. Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras...» (Mt 11,16-24).

Me parece que la palabra pro-vocación, en el sentido literal de la palabra, expresa muy bien el combate de Jesús por la justicia. «Vocación-Pro». ¡Más adelante. Más adelante!. Y hacer con amor el anuncio y la denuncia. La denuncia desde el anuncio. La malaventuranza desde la bienaventuranza. No con el contragolpe de la «lucha de clases». Sino con la pro-vocación a todos, a unos y a otros, para que los hermanos salgan de su posicionamiento histórico. Así entre los frentes, va rompiendo las cadenas de la injusticia, la opresión y la manipulación con deseo ardiente de que todos se encuentren en la Mesa.

¡Que todos se encuentren en la Mesa!. Es el deseo ardiente de aquel que pidió al Padre: «Esta es la voluntad del que me envió: que no se pierda ninguno de los que me diste, sino que los encuentre en el último día» (Jn. 6,39).

Nos encontramos terminando ya lo que sería el último epígrafe. Naturalmente estamos así por los caminos del Evangelio. Ahora qué bien se entiende lo que decíamos antes: ¡este camino no se puede hacer sin bajar al Pesebre!. «No lleveis alforja ni cayado». Uno va por el camino... pues sin nada!. Porque los mendigos llevan una bolsa para guardar los menudrugos de pan hasta mañana. Y los apóstoles, como niños, tienen que estar colgados del cuello del Padre. Para que sean sólo un milagro de la Gracia. Para que se vea que ellos mismos son Evangelio viviente, ¡heraldos del gran Rey!. Como una sonrisa del Señor al Universo. Para eso no hay que llevar alforja. Pero tampoco hay que llevar bastón. Porque el bastón vale para defenderse de las fieras y para apoyarse. Y el misionero del Evan-

gelio tiene que renunciar radicalmente a toda forma de violencia, incluso la violencia cultural y espiritual. «No lleveis bastón. Y no lleveis sandalias». Las sandalias se las quita uno cuando va a orar al monte para decirle al Señor 'Aquí me tienes'. Pues esa misma absoluta disponibilidad: 'mañana, donde diga el Señor'. Sea lo que sea. Donde El diga. Con los pies descalzos. De dos en dos. Como muestra la iconografía de los primeros siglos. El grupo apostólico que es germen y diseño de toda la Iglesia, con los pies descalzos y el evangelio en la mano (Mt 10,9-10; 10,37-39 P7).

Realmente así, libres en su libertad para servir en su servicio, entramos a la comunión de destino con El: «Sereis odiados por todos». En la misma casa. En la misma familia nos pedirán que nos vayamos porque les resultamos molestos. Y las mismas comunidades nos citarán a los tribunales y seremos «odiados de todos». Pero en el martirio, nunca tan acompañados. El Padre os sostendrá como una madre cuenta los pelos de su hijo al sol. Y lo mismo que sostiene con sus manos los pájaros que van a caer. El Hijo del hombre será vuestro defensor. Y el Espíritu será quien hable por vosotros» (Mt. 10-11-33 p). Con lo cual, en esta experiencia de la justicia se abren en el cuerpo del Apóstol las marcas de la Cruz. El mensajero es un Evangelio viviente. Y si el Evangelio es el Crucificado Señor de la Gloria, el apóstol, los apóstoles, seremos marcados por las marcas de la Cruz. Por causa de Jesús, somos entregados a la muerte. Y así pasa por el cuerpo de los apóstoles el amor de Jesús, y su vida desbordada sobre los hermanos, en que son invitados a cantar la alabanza de la gloria. Puesto que cuanto más se desborde la gracia, mucho más será el agradecimiento para gloria de Dios (cf. 2 Cor 4,7-15).

¡Qué importa, entonces, que la Iglesia sea siempre perseguida y maltratada si siempre, en el próximo rasante de la historia, al amanecer, queda la Mesa pascual definitivamente puesta y ofrecida. Porque fue en la Pascua donde se atravesó el umbral del por-venir. Nada de miedo, por tanto, al volver a la primera voz del evangelio, como sugiere el Espíritu a las iglesias. El Señor va delante, detrás y al lado. El hará posible en nuestra flaqueza el abandono y la alabanza, vivido todo en el corazón de la Iglesia y del mundo. Los apóstoles, como el discípulo a quien Jesús amaba, proclamaron su presencia: «Es el Señor» para que la Iglesia se apiñe en torno a El y siga de cerca sus pasos, con inquebrantable esperanza y con inmensa alegría.

«A Aquel, que tiene poder para realizar todas las cosas incomparablemente mejor de lo que podemos pedir o pensar, conforme al poder que actúa en nosotros, a él la gloria en la iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones y todos los siglos. Amén». Ef. J. 20-21.

Aclamación para el nuevo éxodo

JESUS, CRISTO, SEÑOR NUESTRA JUSTICIA

1. Manos ofrecidas en el pesebre, en la noche desnuda.
Justicia, fiesta de la germinación asombrosa de la gracia.
gesto de ternura del Hijo abajado y vaciado,
corro de pastores y de sabios, en la tierra estremecida
justicia de la debilidad de la gracia
despuntar de la tierra nueva en el asombro
2. Manos extendidas en las encrucijadas de los caminos.
Justicia, fiesta del incesante cambio de puestos.
gesto de la acogida del Hijo hermanado y entregado
corro de pobres pecadores, que ceden el puesto cantando
justicia de la acogida de la gracia
conflicto de la tierra nueva que avanza
3. Manos enclavadas en el madero de los criminales
Justicia, fiesta del admirable intercambio en el abismo
gesto de la locura del amor del Hijo crucificado
corro pequeño brotado del agua y de la sangre
justicia de la cruci-fixión de la gracia
brecha abierta ya de la tierra nueva anticipada
4. Manos encendidas de Fuego en el cenáculo de la aurora
Justicia, fiesta del avance incontenible de la gracia
gesto de la victoria del Amor del Hijo entronizado
corro que se agranda por todas las sendas del universo.
justicia de la fuerza irremediable de la gracia
pan partido hecho senda a la tierra consumada

SUGERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. *La cena del Señor*

BETZ: *Conceptos fundamentales de teología*, III.62 ss. *Sacramentum mundi*, II.954-72.

BETZ: «Estudio bíblico-teológico». *Mysterium salutis*, II, 186-207.

JEREMÍAS: *Teología del Nuevo Testamento*, 334-38.

LEON DUFOUR: *La fracción del pan*. Cristiandad. Madrid '85.

JEREMÍAS: *La última cena*. Palabras de Jesús. Cristiandad. Madrid '80.

ESPINEL: *La eucaristía en el Nuevo Testamento*. S. Esteban. SA. '80.

GESTEIRA: *La eucaristía. Misterio de comunión'*. Cristiandad. Madrid '83.

SAYES: *El misterio eucarístico*. BAC. Madrid '86.

DURWEL: *La eucaristía sacramento pascual*. Sígueme. Salamanca '82.

GERKEN: *Teología de la eucaristía*. Paulinas. Madrid '91.

2. *La justicia del Señor*

PESCH: *Conceptos fundamentales de teología*. II.463-80. *Sacramentum mundi*. IV.162-69.

PESCH: «Justificación». «Gracia». *Myst. Sal.* IV.2.790-878.

JEREMÍAS: *TNT*. 144ss/Bultmann, *TNT*. 326ss/Sehelkle. *TNT*. III.261ss.

VON RAD: *Teología del AT*. Sígueme, Salamanca. '75, 543 ss.

EICHRODT: *Teología del AT*. I. Cristiandad. Madrid '75. 218-28.

SCHÖCKEL-SICRE: *Profetas I-II*. Cristiandad. Madrid '80.

SCHÖCKEL-CARNITI: *Salmos I*. Verbo Divino. Estella '92.

SICRE: *La justicia social en los prof. de Israel*. Crt. Madrid '85.

KRASOVEC: *La justice(sdq) de Dieu*. OBO. Göttingen. '88.

Para las perspectivas más recientes:

KÄSEMANN: *Ensayos exegéticos*. Sg. Sal. '78. 263-77.

LYONET: *Histor. Salvac. Rom.* Sg. Sal. '67.

REY: *Creados en Cristo Jesús*. Fax. Madrid '72.

II.2. Aportación de los Grupos para la Asamblea

Grupo 1: ¿Cómo incide la charla de mañana en la vida actual de la Iglesia y del mundo de hoy?